



Adiós

FERNANDO
ESPINOSA

MAURICE
MONTERO

Publicación: octubre 2018

Diseño y diagramación: Karla Larco Ayala

Impresión: Imprenta Mariscal



PRESENTACIÓN

La diplomacia es tan antigua como la humanidad, ha ido perfeccionándose con el avance de las civilizaciones, y empezó a institucionalizarse con el apareamiento de los Estados nacionales en la Edad Media. En tiempos contemporáneos, las Convenciones de Viena de 1961 y 1963, así como la Ley Orgánica del Servicio Exterior de 1964, en el caso del Ecuador, han determinado su organización, funcionamiento, deberes responsabilidades tal como la conocemos hoy en día.

En 1830, se creó el Ministerio del Estado con la Sección de Política Interna y Exterior y la Sección de Hacienda; en 1834, se creó el Ministerio del Interior y Relaciones Exteriores; y, finalmente, en 1897, se creó el Ministerio de Relaciones Exteriores, Inmigración, Instrucción Pública y Justicia, por lo que es posible afirmar que el Servicio Exterior del Ecuador ha contribuido a la consolidación de la nacionalidad ecuatoriana; que ha sido una de las columnas en las que se ha afirmado la República, y que ha aportado significativamente al desarrollo económico y social del país.

Desde sus orígenes, el Servicio Exterior del Ecuador, integrado por ciudadanos ecuatorianos poseedores de una sólida formación académica y moral, así como de un reconocido prestigio intelectual –la lista es muy extensa para nombrarlos a todos– se ha ocupado de la defensa jurídica y política de las fronteras del Estado; de promover los productos ecuatorianos en los mercados internacionales; de atraer las inversiones al país; de difundir el arte y la cultura del Ecuador; y de la defensa y protección de los connacionales allende las fronteras patrias, entre otras y delicadas cuestiones.

La Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior Ecuatoriano (AFESE), que me honro en presidir, entidad sin fines de lucro establecida hace más de 52 años, constituye no solo un mecanismo gremial sólido y exitoso para velar por el bienestar de todos sus asociados, sino también un espacio de promoción del arte, la cultura y los valores ecuatorianos, así como de reflexión sobre los temas trascendentales y de coyuntura de la política exterior y de la agenda internacional.

En este sentido, en el marco de su programa cultural para el año 2018, la AFESE tiene el privilegio de poner a la consideración del público una extraordinaria Exhibición de arte, conformada por esculturas y fotografías de Maurice Montero y Fernando Espinosa Chauvin, en su orden, artistas poseedores de una larga trayectoria y bien ganado prestigio en el país y en el exterior.

Deseo dejar constancia de la gratitud de la Asociación de Funcionarios y Empleados del Servicio Exterior a todas las instituciones y personas que han hecho posible la realización de la presente Muestra de arte ecuatoriano.

Embajador Fernando Chávez Dávila,
Presidente de AFESE





Fernando
Espinosa Chauvin:
Gramática y ética de la luz

*Por Sonia Kraemer Ph.D.**

*“Si pudiera contarlo con palabras,
no me sería necesario cargar con una cámara”
Lewis Hine*

*“Mis fotografías pretender representar
algo que ustedes no ven”
Emmet Gowin*

Fernando Espinosa Chauvin es un fotógrafo innato, un voyeur de la luz. Es ecuatoriano, pero ha vivido buena parte de su vida en Nueva York. Inició su carrera desde muy niño; a los 12 años tomó su primera cámara cuando trabajaba para el periódico del colegio. Así, de un modo natural, con los amigos y un primer autor de referencia obligada: John Hedgecoe, fue aprendiendo las técnicas, el cuarto oscuro, a entender la luz. A los 16 años gana un premio de la Alianza Francesa y el Municipio de Quito y de allí en adelante comprendió cuál era su rumbo: tratar de coleccionar el mundo a través de la compulsión de escoger una porción de tiempo y de espacio y componer una imagen.

En Nueva York fue fotógrafo de moda para las más afamadas agencias internacionales de modelos, y luego, cansado de estos flashes, se dedica a una búsqueda más personal. Su obra es profusa, cuenta con muchas exhibiciones en distintos lugares del mundo y ha publicado varios libros. Aborda un amplio abanico estético y una temática diversa: en *Afrodisiaco* mezcla el erotismo de los cuerpos femeninos con el placer de la comida en fotografías a pleno color; también realizó un libro de la encantadora ciudad amurallada de Duvrovnik, donde destaca el resplandor dorado del color de la piedra de travertino, y otro libro de Split, la joya arquitectónica de la costa del Adriático. Logra una mirada distinta del paisaje agreste en Galápagos Surreal, con fotos en blanco y negro y usando la técnica del infrarrojo; en *Trococó* une los conceptos del Rococó con modelos travestis; y en Ecuador *Tierra del Cacao*, hace una crónica de la tradición de esta codiciada semilla desde la antigüedad y cómo forja la historia del Ecuador. Espinosa Chauvin es libre en su enfoque, no se apeg a una sola técnica, indaga constantemente: “El proyecto me dice lo que tengo que hacer”, confiesa.

Como bien dice Roman Gubern, el ser humano es un animal visual (Gubern, 1992, p.1). El verdadero precedente de la creación fotográfica es la necesidad del hombre de plasmar la realidad que le rodea. Ya desde

la prehistoria los seres humanos han querido reproducir la naturaleza en imágenes. Los griegos creían que el arte debía ser imitativo y, por ende, tenía que tratar de aprehender la verdad. En el Renacimiento se pensaba que el camino más seguro para acceder a la belleza era copiar del natural. En la historia del arte podemos ver, en esencia, una búsqueda hacia la objetividad en la representación hasta la aparición de la fotografía, la cual liberó a la pintura de su función de reproducir la realidad. Parecía que la fotografía estaría íntimamente atada a la verosimilitud de lo real, pero la historia nos demostró lo ingenuo de esa pretensión. La imagen siempre distorsiona la realidad y habla más del fotógrafo que de lo fotografiado.

“Fotografiar es conferir importancia”, nos dice Susan Sontag (2017, p.36). Es apropiarse del mundo, construir una crónica-relato de nuestra vida, ser curadores de nuestra mirada, retener las huellas espectrales del pasado, conmemorar lo extraordinario, a pesar de que hoy se ha convertido en un ritual cotidiano reafirmado en las redes sociales. Como dice John Szarkowski: “La fotografía, como el ajedrez consiste en elegir entre varias posibilidades determinadas, pero en el caso de la fotografía el número de posibilidades no es finito, sino infinito”.

En esta muestra se verán fotografías que usan la técnica del infrarrojo y en blanco y negro. Esta técnica muestra una buena parte del espectro de luz solar que el ojo humano no es capaz de captar, así, ha sido usada sobre todo para la astronomía. Cuando vemos fotografías de paisajes, estamos demasiado acostumbrados al color. Al eliminar ese factor de la ecuación, se elimina la distracción, podemos concentrarnos en la composición y en la luz. A través del infrarrojo los negros se hacen más profundos, insondables. El verde se transfigura en blanco. El cielo azul se ve negro.

Espinosa Chauvin nos invita a encontrar otra realidad. Se realza la textura y la composición, la gramática de la imagen. El fugaz paso del sol se convierte en una escala de grises casi infinitos. Todas las foto-

grafías se muestran en dípticos: en negativo y en positivo, como el yin yang del cosmos. En estos paisajes nuestra mirada viajará a Galápagos, Hawai, Florida, New Orleans, Bali, Madagascar o a alguna remota isla del Caribe. Estas fotografías trascienden la simple anécdota de lo exótico para indagar más a fondo. Tal como dijo George Tice: “Solo se puede ver lo que se está dispuesto a ver”.

El fotógrafo es testigo de captar la invisibilidad a través de la fluidez del medio, retiene lo efímero y revela la inmortalidad de ese instante, que resulta una sorpresa tanto para el artista como para el espectador. Descubrir qué aspecto tendrá la realidad más allá del propio ojo que la contempla. Superando la esfera de lo humano.

La fotografía es una manera de aproximarse al mundo, esclarece la mirada, nos hace más conscientes del instante presente y de la cualidad efímera de todo lo que existe. Hacer una foto es suspender la impermanencia, es enfrentar al hado temible del tiempo y de la muerte. En definitiva, “todas las fotografías son memento mori” (Sontag, 2017, p.25).

Bibliografía:

- Gubern, R. (1992) *La mirada opulenta: exploración de la iconosfera contemporánea*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Sontag, S. (2017) *Sobre la Fotografía*. Penguin Random House: Bogotá.



Baobab tree / Madagascar



Baobab tree / Madagascar



Badum temple / Bali / Indonesia



Badung temple / Bali / Indonesia



Wave Saguaro / Arizona



Wave Saguaro / Arizona



Palm trees / Mangroves / Kauai / Hawaii



Palm trees / Mangroves / Kauai / Hawaii



Palms / The Keys / Florida



Palms / The Keys / Florida



Exuberant / Santa Cruz / Galápagos



Exhuberant / Santa Cruz / Galápagos



Scalesia Villosa y nube / Floreana / Galápagos



Scalesia Villosa y nube / Floreana / Galápagos



Koko / Oahu / Hawaii



Koko / Oahu / Hawaii



Maurice Montero:

Alquimista del movimiento

*Por Sonia Kraemer Ph.D.**

“Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, (...) de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara”.

J.L.Borges.

Maurice es el arquetipo del artista por naturaleza; sin artificios, sueña con vagas cosas, como el don de dotar de movimiento lo inerte, cantar memorias, sembrar la magia. Como un semidiós da vida, desde un trozo de madera o de metal a caballos, insectos, seres míticos, metáforas. Multiplica el mundo, como un espejo, creando una arquitectura de ilusiones. Está más allá del delirio de perseguir estrellas fugaces, de seguir tendencias, de buscar el resplandor de las luminarias, las bienales, los premios.

El arte surge en él espontáneamente como una necesidad innata de crear; este artista autodidacta no busca la originalidad, sino en su etimología, como la necesidad de volver al origen del proceso creador. Brilla, en su mirada de niño, un asombro antiguo, la curiosidad perenne de saber cómo funciona todo.

Nacido en Francia, pero hijo de emigrantes españoles que huían de la guerra civil, nunca se sintió completamente francés ni español. Vivió en las postrimerías de una Francia antigua y rural de la posguerra que saboreaba la libertad, y que en sus recuerdos luce parecida al espíritu de una película de Jacques Tati. Su vida ha sido un transcurrir de múltiples aventuras, donde el azar y la lectura lo condujeron a esta parte del mundo, y, ansioso por conocer la tierra de los Incas llegó al Perú y luego al Ecuador, donde echó raíces. Luego, tuvo un hijo, Theo, para quien construyó disfraces y juguetes, y esa actividad le dio tanta satisfacción que desde entonces no se detuvo. Era divertido revivir la infancia, esa columna vertebral de la vida. Su inspiración fue Alexander Calder con sus móviles, y el circo que construyó; también las máquinas absurdas de Tinguely, y por supuesto el más grande: Leonardo Da Vinci, sus inventos y sus estudios anatómicos.

Maurice Montero realiza toda una investigación para concebir cualquiera de estas esculturas móviles, que a veces por un desliz del lenguaje llamamos cándidamente juguetes. Algo que se destaca en todas estas obras es el interés en mostrar el mecanismo; sacar a la luz el alma, su esencia particular, su personalidad. Una pieza

demora en salir al mundo entre dos y tres meses de gestación, y cada una es única e irrepetible.

Su taller es la fábrica de los sueños, de donde Maurice nunca quiere salir, ni siquiera para tomarse vacaciones, porque cada momento allí es la oportunidad de aprender y de descubrir. De ese sitio mágico han surgido series inspiradas en la historia de la aviación, en la mitología griega, en el folklore ecuatoriano, temas asiáticos, de animales, por nombrar solo algunas. El ciclismo es otro de los contenidos que a Maurice le fascina y es un homenaje a la tradición francesa de este deporte. De este tema surgió la idea para la escultura a gran escala que es un referente geográfico en la ciudad de Quito.

En esta exposición se presentarán distintas piezas que forman parte de algunas de las etapas y búsquedas de Maurice Montero, pero hay algo que persiste en todas ellas y es la pasión por hacer patente el movimiento.

“Mascarada” es una obra que realizó para la serie del Kamasutra que se expuso en Tokio. Esta escultura, hecha en bambú muestra la unión sexual de una pareja, representados como mujer-yegua y varón-toro según la clasificación del tamaño de los órganos sexuales del hombre y la mujer por Vatsiaiana, autor del Kamasutra. La complejidad del movimiento y el detalle de la anatomía de los cuerpos en unión erótica hace de esta pieza un prodigio de la armonía y de la fluidez.

En la serie de animales, veremos un avestruz, el ave más grande del mundo conocido por su rapidez, pues es capaz de correr distancias a una velocidad de hasta 90 Km por hora. La etimología de la palabra avestruz proviene del griego y significa la fusión entre un gorrión y un camello. En este mismo grupo encontramos dos esculturas en metal con base de madera y el mecanismo desarrollado en plexiglás: “Bicho”, un grillo construido en acero inoxidable, cobre y bronce, y “Libélula dorada”, que encarna a este sugestivo insecto acuático, cuyo hábitat natural se encuentra en las cercanías de lagos, charcos, ríos y tierras pantanosas.

“Metamorfosis” conjuga distintos materiales como madera policromada, papel y bambú; es la imagen de un murciélago con ciertos rasgos antropomórficos. “Acrobacia” también muestra a un ser alado, el cual, en este caso, representa la emancipación del Principito, el icónico personaje de Antoine de Saint-Exupéry.

“Geisha” es una deliciosa escultura que forma parte de la serie creada sobre paradigmas japoneses. Esta joven, maquillada y acicalada a la manera tradicional de esta cultura, vive en su mundo secreto de belleza silenciosa y está subida a un pequeño velocípedo, donde en sus breves pasos ocurre el movimiento.

Por su parte, “Jinete en amarillo”, de madera policromada y bambú, toma uno de los temas favoritos del artista. Los caballos y su grácil andar. Hay un interesante contrapunto en la escultura pues mientras que el caballo es una escultura abierta, que permite ver su estructura y el fondo, el cual se expone a través de ella; el jinete es, en cambio, una escultura cerrada que no lo permite.

Maurice es un artista que recuerda intuitivamente cuando el arte era percibido aun como artesanía, que reconcilia la tradición y el saber hacer con la ausencia de ego en este proceso. El arte nace de la curiosidad y de excluir todos los caminos que no son este camino que ahora recorre para conocerse a sí mismo. Dédalo ha renacido en él. Tal como dice Campbell:

“Durante siglos Dédalo ha representado el prototipo del artista científico: ese fenómeno humano curiosamente desinteresado, casi diabólico (...) dedicado a la moral no de su tiempo sino de su arte. Él es el héroe de los caminos del pensamiento, de corazón entero, valeroso, lleno de fe en que la verdad, cuando él la encuentre, ha de darnos la libertad”¹.

¹ Campbell, J. (2014) *El Héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. México, Fondo de Cultura Económica.



Acrobacia



Jinete Amarillo



Geisha



Geisha



Bestiales



Bestiales



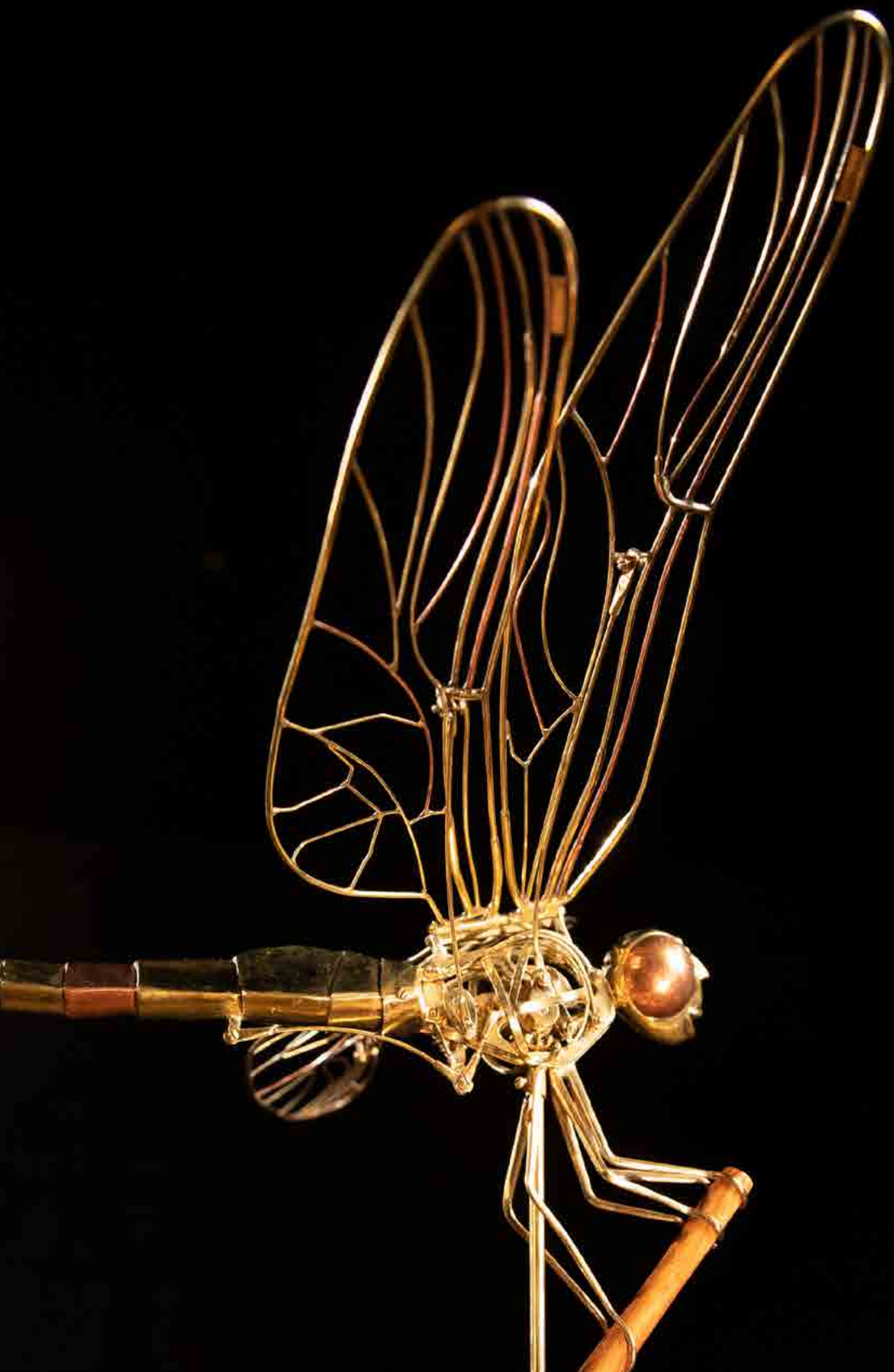


Metamorfosis



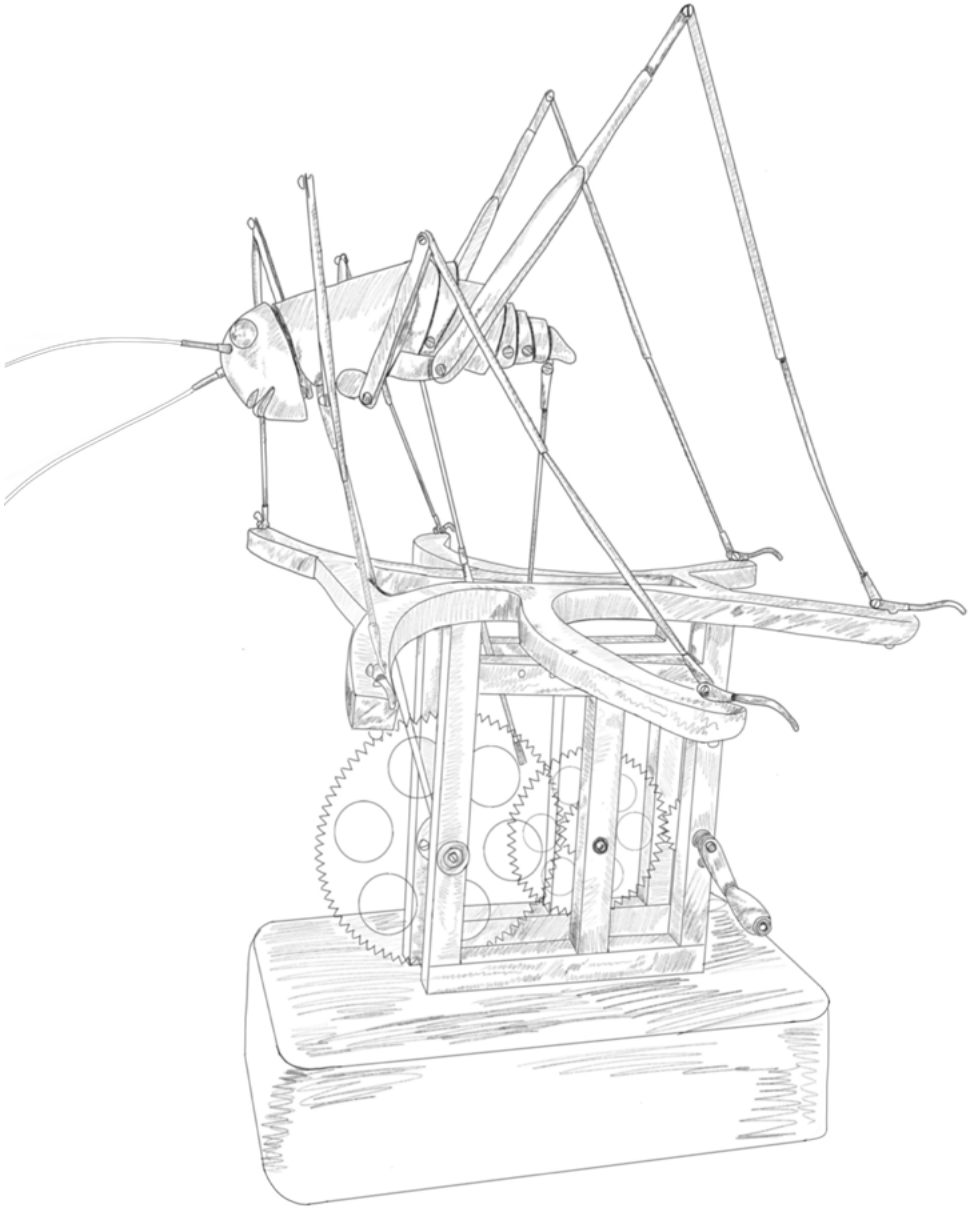


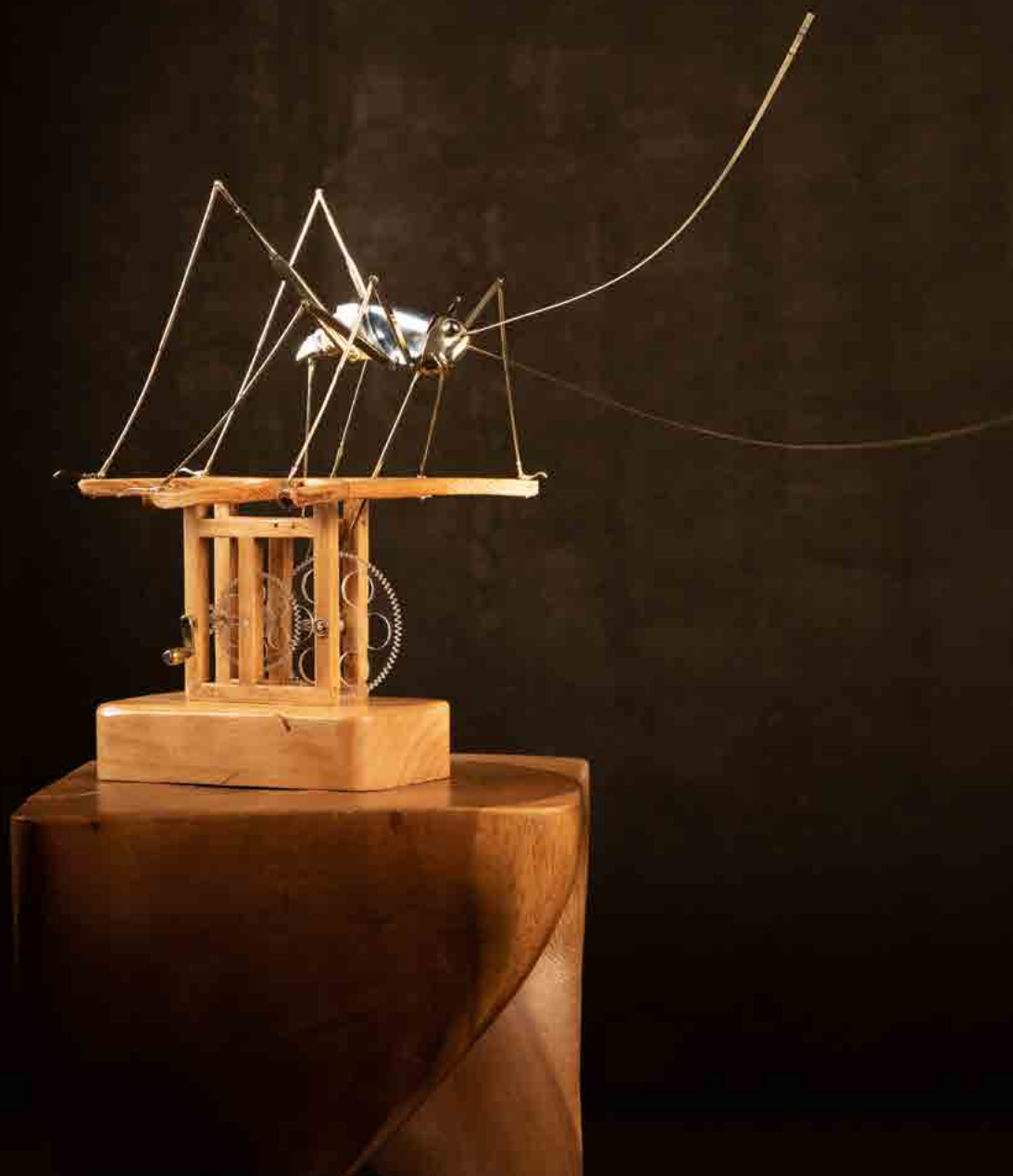
Avestruz





Libélula





SONIA KRAEMER

(Argentina, 1976) es Ph.D. en Historia del Arte por la Universidad de Salamanca; realizó una Maestría en Filosofía China. También tiene un Postgrado en Lenguas y Culturas de India e Irán antiguos y una Licenciatura en Letras, mención Historia del Arte. Actualmente es curadora de arte, profesora a tiempo completo e investigadora en la Universidad San Francisco de Quito.

AGRADECIMIENTOS

Pontificia Universidad Católica del Ecuador
Centro Cultural de la PUCE
Doctora Sonia Kraemer Dannunzio
Doctora Erika Vargas Acosta
EcuArt

Organización y Coordinación:
Embajador Bolívar Torres Cevallos





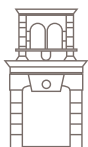
FERNANDO ESPINOSA

(Ecuador, 1961) es un fotógrafo multifacético que comparte su tiempo entre Nueva York y Quito. Ha trabajado en fotografía de moda, paisaje y retrato. Ha publicado una serie de libros que abarcan una amplia gama temática, como Afrodisíaco, Dubrovnik, Galápagos Surreal o Ecuador, Tierra del Cacao. Su trabajo ha sido expuesto en Australia, Corea, Qatar, Ecuador, Nueva Zelanda, Croacia y Estados Unidos.



MAURICE MONTERO

(Francia, 1960) es un reconocido artista famoso por sus esculturas mecánicas, que exploran una temática diversa alrededor de la patentización del movimiento. Ha participado en numerosas exposiciones nacionales e internacionales, en ciudades como Tokio, Ciudad de México, Lima y Nueva York. Asimismo, ha realizado escultura pública a gran escala en el espacio urbano.



CENTRO CULTURAL
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR

